

LA ORACIÓN: PEDIR DIOS A DIOS



Iglesia de El Salvador - Madrid
IGLESIA EVANGELICA ESPAÑOLA

Predicaciones de Juan Sánchez Núñez, profesor de Cristología en
la Facultad de Teología SEUT

Pronunciadas el 19 de enero y el 16 de febrero de 2020

LA ORACIÓN: PEDIR DIOS A DIOS (I)

Lecturas: Salmo 139; Filipenses 4,4-9; Mateo 6,5-15

Introducción.

Buenos días, es para mí, un privilegio y una responsabilidad un año más, compartir con vosotros dos predicaciones sobre la oración, después de las cuáles podremos dialogar sobre mi exposición.

Supongo que alguno de vosotros recuerda que hace dos años estuve meditando sobre un tema verdaderamente difícil: “¿Qué significa creer en Dios, hoy?”, y que el año pasado, respondiendo a esa pregunta, y concretándola desde nuestra fe cristiana, yo decía que creer en Dios hoy, es vivir unido a Dios y unido a todos los seres humanos, tal y como vivió Jesús.

Pues bien, hay varias razones por las cuales he elegido meditar este año sobre la oración, unas de más peso que otras, pero si hay una que creo determinante es esta: vivir unido a Dios y a todos los seres humanos, solo es posible si nuestra vida es una vida de oración auténtica y constante.

Solo quien vive en diálogo profundo y permanente con Dios, puede vivir en unión con Dios y con todos los seres humanos; porque esa vida de comunión no es fruto de nuestros esfuerzos, sino fruto de la gracia de Dios, que se hace presente en nuestras vidas como Fuente infinita de vida y amor, tal y como meditamos hace dos años.

Pues bien, yo definiría la oración, esencialmente, como una toma de conciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas; de ahí que sea tan importante la oración, porque vivir la vida como creyente, es vivirla desde la unión con la presencia de Dios que nos habita, que nos sostiene, que nos impulsa, que nos hace ser; vivir la vida como creyente es vivir en un diálogo constante y profundo con nuestro Padre, es decir, vivirla en comunión con Él.

El Dios al que oramos

Ahora bien, ¿cómo orar a un Dios en el cual vivimos y existimos y somos?, ¿cómo orar a un Dios que nos envuelve totalmente?, que nos envuelve como nos envuelve la atmósfera o la gravedad, diríamos hoy, traduciendo esa experiencia de Dios que hemos leído en el Salmo 139.

¿Cómo orar a un Dios que antes de que la palabra llegue a nuestra boca, ya la conoce toda?, ¿Cómo orar a un Dios que antes de que le pidamos nada, ya sabe perfectamente cuáles son nuestras necesidades? Tal y como dice Jesús a sus discípulos en el texto de Mateo que hemos leído.

Es obvio que orar no puede consistir, desde ningún punto de vista, en informar a Dios de nuestras necesidades, de nuestros sufrimientos, de nuestros anhelos, de nuestras esperanzas; pues antes de que lleguemos a formularlas en nuestra mente, Dios, ya las conoce.

Es más, no sólo hemos de tener en cuenta esto cuando oramos, que Dios ya conoce todo lo que hay en nosotros, sino también, y sobre todo, que Dios no es un “dios mezquino”, es decir,

no es un Dios al que tengamos que arrancarle lo que le pedimos por nuestra insistencia en la oración.

Lo que quiero decir, cuando digo que Dios no es un “dios mezquino”, es que Dios es siempre donación infinita de sí mismo a todas sus criaturas. Dios siempre se está dando infinitamente a todas sus criaturas; Dios es el mismo antes de que tú le pidas y después de que tú le pidas, porque en Dios no hay cambio ni sombra de variación, dice Santiago 1,17.

“No os engañéis, queridos hermanos. Todo lo que es bueno y perfecto viene de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio, ni sombra de variación”. (Stg 1,16-17)

Creo que aquí estamos ante lo primero y más esencial de la oración: lo primero y más esencial de la oración es que debemos ser muy conscientes de a quién nos dirigimos cuando oramos.

Para que no sea un simple monólogo, es imprescindible reconocer que estamos entrando en comunicación con un Dios infinitamente sabio, infinitamente presente, infinitamente Fuente de vida y amor, infinitamente donación plena y total de sí mismo a sus criaturas.

Y esto significa que no oramos a un Dios cuya acción sea equiparable a la acción humana. Me explico.

En toda acción humana hay pérdida o ganancia de ser. Nuestra acción es una acción finita, histórica, relativa, imperfecta. Cuando actuamos nunca sabemos con exactitud las motivaciones que nos mueven, las consecuencias que desencadena nuestra acción, el contexto global en que se enmarca nuestra acción, y por lo tanto, como decía, ni la pérdida ni la ganancia global de ser que nuestras acciones implican.

No podemos proyectar en Dios nuestra forma de actuar, y pensar que en la acción de Dios hay pérdida o ganancia de ser; en Dios no hay cambio, ni sombra de variación, pues Dios es el fundamento permanente de todo cambio, y por lo tanto, la acción de Dios no es finita, es infinita; no es histórica, es eterna; no es relativa, es absoluta; no es imperfecta, es perfecta; con una perfección que se nos escapa, y que solo Dios conoce.

Quizá, más de uno, se esté preguntando: ¿Y por qué comienza Juan su reflexión sobre la oración, hablando de Dios, de un modo tan “teórico”?

Pues porque pienso que tomar conciencia de a quién hablamos, cuando oramos, nos ayuda a tomar conciencia de lo que es realmente importante y determinante en nuestra oración para que no sea un simple monólogo, sino un acto de comunión con el Dios en el cual vivimos y existimos y somos.

Resumo: oramos, como dijo Jesús a sus discípulos, a un Dios que conoce perfectamente nuestras necesidades; y oramos a un Dios que no es mezquino, es decir, que es donación total e infinita de sí mismo a todas sus criaturas; es decir, que no es diferente antes de que oremos a después de que hayamos orado; Dios, no nos da más, después de que hayamos orado que antes de hacerlo, pues Dios es siempre don infinito de sí mismo al mundo.

Si Dios es así: ¿Para qué orar?

Pues, si estas son las premisas más básicas y fundamentales del Dios al que oramos, quizá os estéis preguntando: ¿para qué orar?, ¿para qué orar a un Dios que conoce nuestras necesidades y que todo lo que tiene y es nos lo está dando siempre, en todo momento y lugar?

Y no me hago de rogar y adelanto lo que será la conclusión de mi estudio: para vivirlo todo en Dios; para vivirlo todo en comunión con Dios; para vivirlo todo en diálogo con Dios, para vivirlo todo en unión con Él.

Y es que la oración no es **llevar a Dios** nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos, esperanzas; es **traer a Dios** a nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos y esperanzas.

Esto que acabo de decir es fundamental, y quisiera subrayarlo: la oración no es **llevar a Dios** nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos, esperanzas; es **traer a Dios** a nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos y esperanzas.

El movimiento de la oración no es tanto un llevar a Dios, un informar a Dios, un comunicar a Dios, algo nuestro; sino básica y fundamentalmente, un traer a Dios, un recibir de Dios, un comunicar de Dios a nosotros.

De ahí que la actitud fundamental de la oración, según la Biblia, sea siempre: “habla, Señor que tu siervo escucha”; y no, como parece ser el de muchos orantes: “escucha, Señor, que tu siervo habla”.

Y es que nuestras necesidades, nuestros sufrimientos, nuestros anhelos, nuestras esperanzas, suelen hacer de nuestra vida un mar agitado y tempestuoso, cuyas olas gigantes nos zarandean y nos llevan de un lado para otro, sin rumbo ni propósito...

Y ¿cómo no hundirse en medio de tanto sufrimiento?, ¿cómo no hundirse en medio de tanta injusticia?, ¿cómo no hundirse en medio de tanta pobreza, de tanta superficialidad, de tanta mezquindad...? Y sobre todo, ¿cómo recuperar el rumbo y el propósito de nuestras vidas?

Es obvio que necesitamos más de Dios en nuestras vidas, que necesitamos traer a Dios a nuestras vidas, para que ponga algo de luz en medio de tantas sombras; para que traiga algo de verdad en medio de tantas mentiras; para que traiga algo de justicia, en medio de tantas injusticias; para que traiga algo de bondad, en medio de tanta mezquindad...

Necesitamos pedir Dios a Dios, para que nuestra vida recupere el rumbo y el propósito de existir. Así he titulado yo mi estudio sobre la oración: “pedir Dios a Dios”, y en este título, intento resumir mi comprensión de la misma.

Y digo que he pensado en este lema con el propósito de que recordéis lo esencial de mi estudio, pero está claro que la oración no es solo petición, ni siquiera, básicamente petición, pues un diálogo con alguien, al que solo le pedimos cosas, es un diálogo bastante pobre y mezquino, es más, seguramente ni siquiera lo calificaríamos de diálogo, sería más bien el monólogo de un pedigüño.

La oración: diálogo con Dios para vivir unido a Él

La petición a Dios está enmarcada en un diálogo de amor con Aquel que es la Fuente infinita de amor; de ahí que la oración sea un “reconocer Dios a Dios”, un “agradecer Dios a Dios”, un “alabar Dios a Dios”, y por supuesto, un “pedir Dios a Dios”, pues somos seres precarios, vulnerables, inconstantes, y a veces también mezquinos y egoístas; y necesitamos que la verdad de Dios nos transforme y nos vivifique.

Me pregunto si muchas veces cuando dejamos de lado la oración no es porque no queremos exponernos a su poder transformador, porque no queremos poner nuestras vidas frente al espejo de la verdad de Dios, de la justicia de Dios, del perdón de Dios, del amor de Dios.

Aquel que ora, aquel que trae a Dios a su vida, el que trae la verdad de Dios a su vida, la justicia de Dios a su vida, el perdón de Dios a su vida, el amor de Dios a su vida; es transformado por esa verdad, por esa justicia, por ese perdón, por ese amor, y vive la vida en unión con Dios y en unión con todas sus criaturas.

Así resumiría yo el poder transformador y vivificador de la oración.

¿Y sabéis qué? Traer a nuestras vidas la verdad de Dios, la justicia de Dios, el perdón de Dios, el amor de Dios, es traer a nuestras vidas a Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios.

No somos los cristianos creyentes que no tengamos concretada en una vida la verdad de Dios, su justicia, su perdón y su amor. Traer a nuestras vidas toda la realidad de Dios es traer a nuestras vidas las actitudes de vida de Jesús, su modo de vivir unido a Dios y a todos los seres humanos, es más, incluso su modo de morir, como don de sí mismo a Dios y a los demás.

Por eso, todo lo que pedimos en oración, en el nombre de Jesús, dice el evangelista Juan, es decir, unidos a él, el Padre nos lo concederá.

¿Y qué es todo lo que debemos y podemos pedir al Padre en unión con su Hijo Jesucristo, sino que su verdad y su amor transformen y vivifiquen nuestra vida y la vida de todo lo creado?

Si, hermanos, necesitamos la oración como el pan de cada día; necesitamos la oración como agua vivificadora que renueva nuestra vida; necesitamos la oración como vida de nuestra vida, sin oración la vida de fe se agosta y se marchita; sin unión con Dios vivimos sin rumbo y sin propósito; sin unión con Dios vivimos a la deriva.

Y no solo nosotros, esto que digo creo que puede hacerse extensivo a nuestras familias, a nuestras iglesias, a nuestras sociedades. También ellas, para no vivir sin rumbo ni propósito, para no vivir a la deriva, necesitan de Dios, también ellas necesitan de la verdad de Dios, de la justicia de Dios, del perdón de Dios, del amor de Dios.

De ahí que también sea responsabilidad nuestra, de aquellos que vivimos en unión con Dios, traer a Dios, mediante nuestras oraciones, a nuestras familias, a nuestras iglesias, a nuestras sociedades.

No oramos para informar a Dios de todos los sufrimientos y carencias de nuestras familias, de nuestras iglesias, de nuestras sociedades; oramos para pedir Dios a Dios, para pedir que la

verdad de Dios, su perdón, su justicia y su amor, transformen y vivifiquen nuestras familias, nuestras iglesias y nuestras sociedades.

Oramos para pedir el Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Jesús, a Dios; oramos para pedir Dios a Dios; pues sin Dios, la vida no es vivible, Y recordar que toda vida, vivida en la justicia y el amor, es una vida, vivida en Dios, tal y como dice la primera carta de Juan.

La oración: pedir Dios a Dios, para vivir “desde” Dios. Y es que en la oración entramos en diálogo con el Fundamento de nuestras vidas; y el creyente sabe que sin unión con ese Fundamento, su vida pierde el rumbo.

Se trata de vivir desde el Fundamento de nuestras vidas, no desde la superficie de nuestras necesidades y anhelos; se trata de vivir desde la Fuente infinita de vida y amor, de esa Fuente de la que mana tal cantidad de vida y amor, que permea todo aquello que tenemos entre manos.

Quizá alguien se esté preguntando: ¿Y cómo podemos vivir “desde” Dios, cómo podemos poner a Dios en el centro de nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos, esperanzas?

Yo diría: Abriendo nuestra mirada a su Presencia en nosotros.

Y es que Dios es la dimensión de profundidad de todas las cosas. Y de lo que se trata es de abrirse a esa dimensión de profundidad... y ello, exige atención a lo esencial. Cuando nos ponemos en contacto con lo más esencial de nosotros mismos, con lo más verdadero de nosotros mismos, nos estamos poniendo en contacto con el Espíritu de Dios que habita en nosotros, con la Fuente infinita de vida y amor que nos habita.

Y para ello hay que acallar todos los niveles más inmediatos de nuestras vidas, nuestros deseos, pasiones, necesidades, anhelos... y abrir nuestro corazón a lo esencial, a aquello de absoluto que hay en nosotros, a lo último, lo de más valor y significado, lo que de verdad es definitivo...

Los cristianos de todos los tiempos han descubierto que meditar los textos bíblicos, meditar en la Palabra de Dios, abrirse a esa Palabra de vida, acogerla y rumiarla en el corazón, es un modo privilegiado de ponerse en comunión con la Fuente infinita de vida y amor que nos habita.

Hago este apunte para terminar de un modo práctico y preparar lo que estudiaremos el próximo domingo. Pero creo que lo más adecuado para terminar un estudio sobre la oración, es hacerlo, precisamente con una oración de un gran hombre de oración, Anselm Grün:

«En la oración le presento a Dios
mis sentimientos, pasiones y temores
para que pueda percibirlo,
a través de ellos,
como el fundamento más profundo de mi alma,
en el que finalmente encuentro la paz.
Orar significa ponerlo todo
bajo la bendición de Dios:

a mí mismo, al resto de los seres humanos
y la realidad de este mundo.
Si oramos de este modo,
podemos experimentar que todo
se convierte en bendición para nosotros,
y que nosotros mismos somos una bendición
para los demás».

LA ORACIÓN: PEDIR DIOS A DIOS (II)

Lecturas: Salmo 16; Efesios 3,14-21; Mateo 7,7-11 / Lucas 11,9-13

Introducción.

Buenos días, hermanos. Supongo que cuando escuchasteis el título de las predicaciones que yo iba a compartir con vosotros este año: “La oración: pedir Dios a Dios”, más de uno sintió cierta extrañeza.

Pues bien, espero que después de lo que meditamos en el primer estudio, esa extrañeza se haya convertido en asentimiento, es decir, en reconocimiento de que en realidad, toda oración, todo diálogo con Dios, no tiene otro fin que “pedir Dios a Dios”; “pedirle Dios a Dios” para vivir “desde” Dios, para vivir “unido a” Dios todos los momentos de nuestra vida.

Ya advertí el domingo pasado que no solo es pedir, es “reconocer Dios a Dios”, es “agradecer Dios a Dios”, es “alabar Dios a Dios”, y en todo ello, y en el fondo, “pedir Dios a Dios”, pedir su bendición, pedir su perdón, su verdad, su justicia, su amor, en una palabra: pedir su presencia en nuestras vidas.

Y aquí de nuevo es necesario subrayar la paradoja: la oración es un pedir la presencia de Aquel que está infinitamente presente en nuestra vida, sosteniéndola, impulsándola, haciéndola ser.

¿Qué será entonces la oración sino un reconocer esa Presencia, un abrirse a esa Presencia, un caer de rodillas ante esa Presencia, un levantarse con esa Presencia, un vivir, un luchar, un dudar, un sufrir, un confiar, un esperar en comunión con esa Presencia?

Porque no es lo mismo caer, dudar, desesperar...; y también luchar, levantarse, esperar...; solos, terriblemente solos; que acompañados por Aquel que es el fundamento y la razón de ser de nuestras vidas, sostenidos e impulsados por el Aliento Vital de su Presencia.

Pues bien, creo que esta comprensión de la oración es la misma que Jesús presenta a sus discípulos cuando les dice: “¿Cómo no le va a dar el Padre celestial el Espíritu Santo, al que pide, al que busca, al que llama...?”

Y ahora abro un paréntesis exegético para justificar el título que he dado a mi estudio sobre la oración y para enriquecer nuestra lectura de los textos bíblicos.

Base bíblica del título de este estudio

Este dicho de Jesús sólo nos lo transmiten Mateo y Lucas, y nos lo transmiten con una pequeña pero significativa diferencia. Donde Mateo dice que “el Padre celestial dará cosas buenas a quien se las pida”, Lucas dice que “el Padre celestial dará el Espíritu santo a quien se lo pida”.

¿Qué pensáis que es más fácil, que Mateo sustituyera “el Espíritu Santo” por “cosas buenas”, o que Lucas sustituyera “cosas buenas” por “el Espíritu Santo”?

Nos dicen los especialistas que no hay razones para pensar que Jesús dijo las dos cosas en diferentes momentos, pues es evidente que los dos evangelistas están utilizando una colección de dichos de Jesús, (la fuente Q), y que cada evangelista adapta las palabras de Jesús al mensaje que quiere transmitir en su evangelio, teniendo en cuenta sobre todo, la comunidad o comunidades a las cuales dirige su evangelio.

Las palabras de Jesús no son palabras sagradas caídas del cielo, es más, muchas de las palabras que los evangelios ponen en boca de Jesús, jamás las pronunció Jesús, sobre todo en el evangelio de Juan, y sin embargo, todas ellas, nos transmiten a Jesús; todas ellas son un fiel reflejo de su vida, de su muerte y de su resurrección; en todas ellas alienta el Espíritu de Dios que movió a Jesús y que hizo de Jesús el Verbo de Dios, la Palabra plena y definitiva de Dios a los seres humanos.

Y cierro este paréntesis exegético, que espero no os distraiga de lo esencial: que la oración es “pedir Dios a Dios”, tal y como nos dice Lucas; y, como en el fondo, también nos dice Mateo; pues las cosas buenas que Dios da a quien le pide, son las cosas que recibe “en” el Espíritu de Dios; es decir, todo aquello de nuestras vidas que recibimos y alcanzamos “en” el Espíritu de Dios, eso es, precisamente, lo realmente bueno para nosotros.

La oración: pedir Dios a Dios para vivir “desde” la unión con Dios

“Pedid, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad a la puerta, y se os abrirá”, pues Dios os dará su Espíritu, su Aliento vital, y en unión con Él, todo será bueno para vosotros; pues a los que a Dios aman, todas las cosas ayudan a bien, dirá Pablo.

En este sentido podríamos decir que tanto Lucas como Mateo coinciden en este mensaje: pedid Dios a Dios, y Dios os dará su Espíritu sin medida; buscad más de Dios en vuestras vidas, y Dios os dará más de su verdad y de su amor; llamad a las puertas de la vida, y Dios os abrirá y colmará vuestro corazón con su Presencia.

Y es que toda búsqueda de verdad, toda petición de justicia, todo anhelo de libertad, todo esfuerzo por la paz, todo servicio de amor que el ser humano realiza, es una oración a Dios, es una petición “de Dios a Dios”, para vivir en unión con Él, aunque muchos no sean conscientes de ello.

Y esto es así porque Dios es la dimensión de profundidad de todo lo verdaderamente humano; y de lo que se trata, en esta vida, es de vivir en profundidad, es decir, de vivir en comunión con lo más verdadero de nosotros mismos, con lo más esencial, superando todo lo que nos aliena

de ello, lo que nos empuja a vivir escindidos, divididos, alejados de lo más esencial de nosotros mismos.

El que está atento a lo esencial de la vida, ora. Cuando nos abrimos a lo más esencial de nosotros mismos, cuando vivimos en unión con lo más verdadero de nosotros mismos, estamos viviendo en comunión con el Espíritu de Dios que habita en nosotros, en unión con la Fuente infinita de vida y amor que nos hace ser.

Y ello nos permite vivir todo lo que sucede en nuestras vidas, nuestras necesidades, sufrimientos, anhelos, temores, esperanzas, todo eso que sucede en lo cotidiano de nuestras vidas, sin perder la unidad con lo más profundo y verdadero de nosotros mismos.

La oración nos permite vivir todo en la vida, en unión con lo más esencial de nosotros mismos, porque nos permite reconocer y abrirnos a aquello que hay de absoluto en nosotros, a lo último, a lo que no perece, a lo de más valor y significado, a lo que de verdad es definitivo; el evangelista Juan diría a la “vida eterna” que hay en vosotros.

Si esto es lo esencial de la oración, si lo que está en juego en la oración es nada más y nada menos que nuestra unión con la Fuente infinita de vida y amor que nos habita; quizás, lo que más de uno se esté preguntado ahora es: y, ¿cómo orar?, ¿cómo abrirse a esa Presencia?, ¿cómo dialogar con ella?, ¿qué palabras pueden abrirnos el camino de acceso a esa Presencia?

Con estas preguntas nos situamos de lleno en la práctica de la oración. Si hasta aquí he estado reflexionando sobre lo que podríamos llamar la esencia de la oración, ahora quisiera hablar un poco acerca de la práctica de la oración.

La práctica de la oración

Y para ello, creo que es muy importante tener en cuenta lo que determina todo diálogo auténtico, toda comunicación en profundidad, a saber: **quién** dialoga, **con quién** dialoga y **qué** se dicen.

En primer lugar, **quién** dialoga. Creo que, por lo que vengo diciendo, vosotros mismos habéis deducido que quien dialoga, quien ora, es nuestro yo más profundo, más auténtico, más verdadero. No entra en comunión con Dios nuestro yo más distraído, más agobiado, más inmerso en las preocupaciones cotidianas; el encuentro con Dios no se da sino en lo más profundo y verdadero de nosotros mismos.

Por ello, es condición indispensable para la oración ser conscientes de quién dialoga; y tanto más lo es, ser conscientes de **con quién** dialogamos: con la Fuente infinita de vida y amor que nos hace ser, y que es lo más verdadero de nosotros mismos.

Y como creo que acerca de esto ya he hablado bastante en mi estudio, paso a lo que sería el tercer punto de la práctica de la oración: **qué** se dicen Dios y nuestro yo más profundo.

El domingo pasado ya dije que la actitud fundamental de la oración, según la Biblia, es siempre: “habla, Señor que tu siervo escucha”; y no, la que parece predominar en muchos orantes: “escucha, Señor, que tu siervo habla”.

En todo diálogo hay tiempo para hablar y para escuchar, y tanto uno como otro constituyen el diálogo; así que también cuando estamos en silencio, escuchando, estamos orando. Está claro que en la oración queremos ser escuchados, pero quizá lo primero sería reconocer que Dios quiere que le escuchemos. Pablo llega a decir, que en el fondo, no sabemos qué decirle a Dios, y que es Dios mismo quien ora en nosotros, quien pronuncia las palabras verdaderas del diálogo entre los dos.

Es por ello que el evangelista Juan nos invita a orar en el nombre de Jesús, es decir, en unión con Jesús, porque él es la palabra más verdadera que Dios y el ser humano han dialogado.

Dice Dietrich Bonhoeffer en un pequeño libro sobre los Salmos como libro de oración:

“Cuando Jesús nos incorpora a su oración, cuando podemos hacer nuestra su oración, cuando nos toma consigo en su camino hacia Dios y nos enseña a orar, entonces somos liberados de la angustia de quienes no pueden orar.

Pero esto es justamente lo que Jesucristo quiere para nosotros. Quiere orar con nosotros, que hagamos nuestra su oración y que nos sintamos seguros y gozosos porque Dios nos escucha. Oramos rectamente cuando nuestra voluntad y nuestro corazón entero se unen a la oración de Cristo. Sólo en Jesucristo podemos orar y también con él somos escuchados”.

El domingo pasado concluí mi estudio diciendo que los cristianos de todos los tiempos han descubierto que meditar los textos bíblicos, meditar en la Palabra de Dios, abrirse a esa Palabra de vida, acogerla y rumiarla en el corazón, es un modo privilegiado de ponerse en comunión con la Fuente infinita de vida y amor que nos habita.

El lenguaje de la oración: Jesucristo (Sagradas Escrituras)

Y como estos estudios se enmarcan en la actividad de formación de la iglesia, me gustaría recomendaros este pequeño libro de Dietrich Bonhoeffer: “Los Salmos. El libro de oración de la Biblia”; pues en él encontramos, de un modo breve y práctico, las palabras que nos abren el camino a la comunión con nuestro Padre. Eso es lo que expone magistralmente este gran teólogo protestante en este pequeño libro.

En él nos dice que “orar no significa únicamente abrir el propio corazón, sino más bien encontrar el camino que conduce hacia Dios para dialogar con él. Y nadie es capaz de hacer esto por sus propias fuerzas, para ello necesita a Jesucristo”.

Y continúa diciendo: “El lenguaje de Dios en Jesucristo nos habla en la Sagrada Escritura. Si queremos orar con confianza y alegría, es necesario que la palabra de la Sagrada Escritura sea el sólido fundamento de nuestra oración. En ella se nos revela cómo Jesucristo, la Palabra de Dios, nos enseña a orar. Las palabras que vienen de Dios serán los escalones sobre los cuales encontraremos a Dios”.

Y fijaos qué advertencia nos hace este mártir de la fe: “No es la pobreza de nuestro corazón, sino la riqueza de la Palabra de Dios, la que debe determinar nuestra oración”.

En la breve introducción del libro explica cómo los Salmos nos han sido dados para que aprendamos a orar en el nombre de Jesucristo, y termina esa introducción relacionando los Salmos con el Padrenuestro, pues toda oración está contenida en él; y añade:

“Cuanto se contiene en las peticiones del Padrenuestro es oración auténtica; lo que no tiene cabida en él no es oración. Todas las oraciones de las Sagradas Escrituras se hallan recogidas en el Padrenuestro y asumidas en su inconmensurable inmensidad”.

Y cita a Lutero, que dice: “El Salterio es atraído por el Padrenuestro y el Padrenuestro es atraído por el Salterio; por eso, el uno puede ser interpretado mediante el otro de un modo sutil, y ambos concuerdan felizmente”.

Bueno, Bonhoeffer mostrará en este pequeño libro que no en todos los salmos hay esta coincidencia, pero no podemos detenernos en analizar esto; lo que yo quiero más bien, para terminar mi estudio, es comentar brevemente que en el Padrenuestro está contenida toda oración auténtica.

Yo creo que si oramos el Padrenuestro desde la convicción de que estamos pidiendo “Dios a Dios”, éste se nos abre como los pétalos de una flor, en mil nuevas fragancias. Veámoslo.

En primer lugar: ¿quién ora? Nuestro yo más auténtico y verdadero. En segundo lugar: ¿a quién ora? A la Fuente infinita de vida y amor que nos hace ser. En tercer lugar: ¿qué nos decimos?

Nos decimos que la vida es un naufragio si la realidad de Dios, si su **Nombre**, no es reconocido, no es agradecido, no es respetado, en este mundo nuestro de pobreza y de violencia.

Nos decimos que la vida en este mundo necesita de su **Reino** de paz y de justicia, como la tierra seca y desierta anhela el agua.

Nos decimos que su **Voluntad** de vida en plenitud para todos los seres humanos es lo único necesario.

Comenzamos el Padrenuestro pidiendo “Dios a Dios”, pidiendo a Dios su Nombre, su Reino, su Voluntad; es más pidiendo que sea Dios mismo quien haga presente en este mundo su Nombre, su Reino, su Voluntad, que no es ni más ni menos que lo que significa “la pasiva divina”, que es el modo en que están enunciadas estas tres primeras peticiones del Padrenuestro.

Comenzamos el Padrenuestro pidiendo: Dios nuestro, haz que tu Nombre, tu Reino, Tu Voluntad sea una realidad de vida en este mundo nuestro de muerte.

Y Dios lo hace dando vida, transformando la vida, de todo aquel que desde lo más profundo de su corazón dialoga con estas palabras, con la Fuente infinita de vida y amor que le hace ser.

Y desde esta unión, el ser humano dirige su mirada hacia la precariedad de su vida, amenazada por la falta de pan, por las deudas y ofensas que cometemos, por el mal que nos desborda por los cuatro costados. De ahí que sigamos pidiendo “Dios a Dios” para vivir la vida “desde” Dios.

Y para vivir la vida “desde” Dios, buscamos el pan de cada día en unión con Él; y cuando esto sucede, resulta que el pan ya no es mío, es nuestro; y sobre todo, es de todos los seres humanos que viven sin el pan de cada día.

Y para vivir la vida “desde” Dios, buscamos el perdón de nuestras deudas y nuestra ofensas en unión con Él; y cuando esto sucede incluso somos capaces de vivir solidariamente con nuestros enemigos.

Y para vivir la vida “desde” Dios, buscamos que unidos a Él, el mal de este mundo no nos vuelva insensibles, egoístas, indiferentes a tantas injusticias y opresiones como tienen a este mundo herido de muerte.

Es evidente que sobre la práctica de la oración habría mucho que añadir, pero también es evidente que mi tiempo se ha acabado. Y creo que no existe mejor modo de finalizar estos estudios sobre la oración, que unirnos todos juntos a Jesús, en la oración que él nos enseñó a orar.

Puestos en pie, oremos juntos el Padrenuestro.